

DOMINGO DE RAMOS

1ª lectura (Isaías, 50, 4-7): *El Señor me abrió el oído.*

Salmo (21, 8-9, 17-18a, 19-20, 23-24): *«Dios mío, Dios mío. ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses, 2, 6-11): *Por eso Dios lo levantó, sobre todo.*

Pasión (Marcos 14, 1 – 15, 47): *Realmente este hombre era Hijo de Dios.*

La ciudad de Jerusalén representa para los judíos el ideal de convivencia en libertad, porque en su historia la han perdido varias veces y eso ha representado su exilio o su dispersión, así como su persecución. Por eso simbolizaron en ella el ideal futuro de felicidad y utilizan, como nosotros, la expresión tan significativa de Jerusalén celestial, como forma del anhelo de felicidad total, ya que, aquí, la Jerusalén terrenal da algunos flashes, de la alegría plena, pero breves y raros.

Hoy entramos en la Semana Santa de la mano de Jesús que entra en Jerusalén. Quienes le acompañaron aquel día lo hacían desde posturas muy distintas. Muchos no creían que pudiera haber otra Jerusalén distinta a la que tenían ante sus ojos, la de los muros cerrados, desconfiada ante cualquier cosa que rompiera su rutina diaria y su normalidad lógica; la que pretendía esconder sus miserias, pero no porque creyera posible vivir sin miserias, sino porque quería esconderlas para que el turismo no las viera y desistiese de acudir a una ciudad objeto de peregrinaciones y negocios. Son los que representan el pragmatismo materialista serio y pesimista que no acepta la posibilidad de un futuro humano distinto. Ante las innovaciones e innovadores, **¡Cuidado!** Ante Jesús, **¡Alarma!**

Otros, impregnados de miseria y sufrimiento, anhelan un cambio que ponga fin a una vida que no se corresponde con las aspiraciones del ser humano. Son los que vitorean, aplauden y aclaman a Jesús como lo harían con cualquier otro que prometiera entrar en la ciudad para cambiarla, sin saber a qué cambio se refieren. Representan el vitalismo ingenuo que espera una acción mágica y rápida que les libere de su situación sin que ellos tengan que hacer nada.

Pronto escucharán que Jesús habla de iniciar un trayecto. Caminar desde Galilea hasta Jerusalén unidos a Él y confiados en su persona. Durante el recorrido descubrirán cómo es el ser humano y cómo se hace la historia personal y comunitaria. Les promete llegar a Jerusalén en unas condiciones totalmente nuevas, tanto que verán la realidad propia y de la ciudad con otros ojos muy distintos, porque ellos serán distintos. El camino, con su dureza y dificultad, pero hecho en la compañía de Dios que descubrirán como Padre, hará que la llegada no les defraude y que la meta responda a sus aspiraciones.

¡Jesús entra en Jerusalén! Las palmas, las aclamaciones, los mantos en el suelo, el burrito, la multitud y su algarabía no es sino el entorno en el que Jesús, más bien silencioso, avanza hacia Jerusalén. Va entrando como portavoz del Reino que llega. Pero seguramente no está tanto en el templo, ni en el palacio, ni en trono alguno, sino en el testimonio que tendrá que rendir en la ciudad y entre los más allegados al poder. Y si su mente se entretenía en eso, su corazón seguía latiendo, joven y vigoroso, por el Dios del Reino.

El Reino no es solo de nuestro padre David, el Reino es ante todo del único y verdadero Padre, Dios. Ese Dios que le ha dado a Jesús una lengua experta para consolar al abatido con palabras de aliento. Ese Dios que cada mañana despertaba el oído a Jesús para escuchar como discípulo. Ese Dios ante quien Jesús no solo nunca opuso resistencia, sino a quien entregó cada segundo de su vida, sin echarse jamás para atrás. Después de todo, **«se anonadó tomando la condición de siervo»**. Él había salido del Padre, sin aferrarse a prerrogativa alguna, para hacerse uno de nosotros.

¡Qué difícil es renunciar a nuestras pequeñas prerrogativas! Con cuánto celo defendemos nuestra identidad familiar, los apellidos, los estudios, los logros profesionales, las influencias sociales o políticas de que gozamos, nuestra situación económica y tantas cosas más. Esgrimimos ante los demás nuestras prerrogativas para reclamar admiración o respeto. Son muy pocos los que estaríamos dispuestos a dejar pasar una oportunidad de presumir, aunque sea un poco, algo de lo propio.

Y aquí tenemos al Hijo de Dios, dejando oculta casi por completo su condición divina para asumir enteramente la nuestra. Si en algo revela, Jesús, su identidad más profunda no es en el poder, sino en la misericordia, la bondad con la que actúa y la obediencia. Esa obediencia que no es otra cosa que la escucha atenta y decidida que le lleva a amar con una fidelidad a toda prueba. Es su obediencia filiar lo que le lleva a anonadarse, a tomar la condición humana, a hacerse semejante a nosotros, y aun con su dignidad íntegra, sin merma alguna, acepta la muerte, no porque lo pida el Padre, sino porque la imponen los hombres. Desgraciadamente, Jesús no es el único inocente que ha sufrido injustamente. Pero sin duda es el más inocente de todos.

Como el siervo de la primera lectura, como Jesús que se hace igual a todos nosotros, como el Mesías Jesús que entra en Jerusalén, no hay que temer a la vida con su dureza. Lo que importa es tener esperanza; saber que hay un futuro en donde todos seremos felices en otra Jerusalén que merecerá la pena.